

Bibliotecaria cibernética

Txema G. Crespo*

Seré sincero. Llegué a vivir a Vitoria a finales de 1997 sin conocer ni de oídas a la Fundación Sancho el Sabio y por supuesto mucho menos a su directora, Carmen Gómez. Y eso que me consideraba un euskaltzale de pro, máxime después de varios años fuera de casa. Es lo que tiene la nostalgia. Para los *millennials* que lean estas líneas, sólo un apunte: en aquel entonces cualquier labor de información era necesariamente presencial. Es decir, había que acudir a bibliotecas y centros como Sancho el Sabio para poder escribir sobre algo con fundamento.

Las circunstancias hicieron que coincidiera mi llegada con la puesta en marcha de la edición del País Vasco del periódico *El País*, un ambicioso proyecto con tres importantes sedes en las capitales vascas. Aunque la redacción ya estaba conformada, Ander Landaburu, quien siempre me trató más como un amigo que como un subordinado, me ofreció una oportunidad. Después de repasar los ejemplares de la edición vasca publicados hasta el momento, comprobé que había un hueco para una propuesta de viajes por Euskal Herria a lugares poco conocidos. El problema era, claro, la documentación: como he comentado, en aquel final de siglo XX, Internet iba a 56 kbs y prácticamente sólo se utilizaba para el correo electrónico. Mi novia, documentalista, me habló de la Fundación Sancho el Sabio, que estaba en un palacio en La Senda. Y ahí llegó el descubrimiento, la revelación, la epifanía... Y el inicio de una larga amistad que llega hasta hoy.

Aquel lugar era el paraíso de cualquier persona aficionada a las letras. Mi formación como filólogo se vio deslumbrada, pero mi interés por los temas vascos alcanzó el paroxismo, si se puede aplicar este estado cercano al éxtasis místico a una circunstancia como la citada. Como tantos de mi generación, la historia, las costumbres, las tradiciones, la lengua de nuestro pequeño país formaban y forman parte de mi memoria sentimental.

Y la Fundación Sancho el Sabio acogía todo, todo lo que se había publicado sobre Euskal Herria. Hasta la última pegatina o el primer cartel de la Aste Nagusia, desde actas notariales de tiempos inmemoriales, todo tipo de monografías y todas las revistas de tema vasco que se han publi-

* Periodista.
txemagarciacrespo@gmail.com

cado y se publican... Un auténtico bosque (nunca mejor traída la metáfora, porque allí estaba el fruto de muchos bosques vascos a lo largo de la Historia) de papel repartido en estanterías que ocupaban todo lo que había sido una mansión señorial. Esta ubicación en una vivienda hacía todavía más acogedora la estancia en la Fundación.

Y allí, al frente de aquel hogar, Carmen Gómez. Carmen Gómez, de figura menuda, pero inquieta, mirada curiosa y mente abierta, comandaba un centro documental clásico en los albores de Internet. Es decir, papel, papel y más papel. Pero Carmen supo ver en su momento la transformación que estaba viviendo la sociedad. Aunque no es nativa digital, como la mayor parte del personal de Sancho el Sabio, se supieron adaptar pronto al nuevo paradigma. Sin duda, a pesar de su modestia en medios, la Fundación dirigida por Gómez comenzó a digitalizar y a organizar su gran archivo de tal modo que pudiera ser accesible en Internet. En colaboración con otros centros y universidades, fueron compilando un acervo documental en la red que crecía en paralelo a la mejora de la página web de la Fundación.

La memoria de estos últimos 20 años es impecable: Sancho el Sabio, de la mano de Carmen Gómez y, luego de Jesús Zubiaga, su mano derecha ahora al frente de la institución, ha conseguido forjar una de las mejores webs documentales en relación con la entidad del centro. Porque aquí estriba el mérito de lo que se ha vivido en estos años: recordemos que la crisis de 2008 ha marcado el desarrollo de la institución como el resto del país, donde los recortes llegaron al ámbito de la Cultura en primer lugar y para quedarse. Pero así y todo, y con grandes esfuerzos, la apuesta emprendida por Carmen en los primeros años de este milenio se ha mantenido.

No son éstas flores recién compradas para la homenajeada. Así titulé en 2007 un perfil para *El País*: “Bibliotecaria cibernética”, titular que retomo para este artículo, porque considero que no ha perdido entidad, es más ha ganado en consistencia, en estos doce años. El legado de Carmen es innegable, y la audacia de su propuesta en su momento quizás provenga de su juventud parisina, porque ella sí puede presumir de haber estado en el mayo del 68 en París. Aunque ella misma reconocía en aquella entrevista que no había ido a París para buscar la arena debajo de los adoquines. Pero sin duda aquella experiencia ayudó a abrir aún más su mirada y a afinar la intuición ante lo que viene.

Hay que recordar que en el mundo en el que desarrolla su trabajo la Fundación, vamos que no es una *start-up*, los tiempos son más lentos y el sentir conservador (en toda su semántica, tanto por conservar como por cierto temor a la novedad) impera. De ahí que el mérito de Carmen Gómez al ponerse al frente de esa renovación de Sancho el Sabio haya sido extraordinario, desde la mirada objetiva de un observador de la ONU, no de quien ha pasado tan buenos ratos con ella, hasta el punto de ir hasta la Senda aunque no hiciera falta, porque la documentación

necesaria para el trabajo estaba en la web, pero así y todo, aunque cayeran chuzos de punta, era un placer llegarse hasta el Palacio Zulueta. Carmen Gómez, directora de la Fundación Sancho el Sabio, siempre tenía la puerta de su despacho abierta y la generosa disposición para una charla con un sencillo plumilla. Y eso se agradece toda la vida.